

Justificados por la gracia de Dios

Versículo Clave: “Por su gracia son justificados gratuitamente mediante la redención que Cristo Jesús efectuó. Dios lo ofreció como un sacrificio para obtener el perdón de pecados, el cual se recibe por la fe en su sangre. Así demostró su justicia, porque a causa de su paciencia, había pasado por alto los pecados pasados.”
— Romanos 3:24,25

*Escritura
Seleccionadas:
Romanos 3:23-31*

recibe por la fe en su sangre. Por lo tanto, el perdón del

EN NUESTRA consideración de esta lección de Romanos 3, comenzamos con el versículo 23, que dice: “Todos han pecado y están privados de la gloria de Dios”. Todos compartimos el castigo original a nuestros primeros padres y necesitamos un Redentor. (Rom. 5:12-21). Nuestros versículos clave nos recuerdan que, mediante la redención que existe en Jesucristo, y por la gracia, o favor, de Dios, los verdaderos cristianos están justificados (es decir, liberados de culpa) del pecado adámico. Dios, el juez supremo, ha ofrecido a su Hijo, Jesucristo, como un sacrificio o satisfacción para el perdón de pecados, el cual se

pecado adámico del pasado ha sido posible mediante la gracia divina y la “paciencia de Dios”.

La gracia de Dios respecto a este asunto es el resultado de su amor. “Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único”, escribe Juan. (Juan 3:16). Jesús pagó por el reclamo contra la raza condenada dando su inmaculada vida humana en sacrificio, para que Dios pueda liberar a Adán y su descendencia sin violar su ley de justicia. Así se demuestra que Dios “es justo y, a la vez, el que justifica a los que tienen fe en Jesús”.—Rom. 3:26.

Pablo nos dice que Jesús “mediante la cruz” ha dado “muerte a la enemistad” entre Dios y la humanidad caída, haciendo posible su reconciliación con Dios. (Ef. 2:16). Ahora, todos los que desean dar sus vidas en plena consagración a Dios pueden hacerlo, demostrando que el rescate proporcionado ha resuelto completamente los reclamos de justicia. Los apóstoles Pablo y Pedro dicen sobre Jesús: “En cuanto a su muerte, murió al pecado una vez y para siempre; en cuanto a su vida, vive para Dios”. “Porque Cristo murió por los pecados una vez por todas, el justo por los injustos, a fin de llevarlos a ustedes a Dios. Él sufrió la muerte en su cuerpo, pero el Espíritu hizo que volviera a la vida”.—Rom. 6:10; 1 Pedro 3:18.

Siguiendo analizando el hecho de que la muerte de nuestro Señor fue el precio de rescate para toda la humanidad, la palabra griega, hilasterion, traducida como sacrificio en nuestros versículos clave, significa “lugar de expiación”. Esto nos recuerda al Tabernáculo de Israel, en el que la sangre de determinados sacrificios se designaba, de una manera típica, como sacrificio para el perdón del pecado. Esto se produjo literalmente en el propiciatorio en el recinto Más Sagrado del Tabernáculo, el “lugar de expiación” de Israel, y señaló al trabajo mucho mayor de redención de Jesús.—Véase Heb. 9:1-12.

La sangre de Jesús es la base para el perdón de los pecados. “y por medio de él, reconciliar consigo todas las cosas, tanto las de la tierra como las del cielo, haciendo la paz mediante la sangre que derramó en la cruz”. (Col. 1:20). Todos los que deseen ir al Padre deben confesar que son pecadores y no pueden pagar la pena de su propio pecado. La redención solo puede llegar a través de Jesús. Recordemos siempre también que este acuerdo existe gracias a la misericordia, amor y gracia de nuestro Padre Celestial. “Porque por gracia ustedes han sido salvados mediante la fe. Esto no procede de ustedes, sino que es el regalo de Dios”.—Efe. 2:8,9. ■